

## En el centenario de Góngora

**E**L 24 de Mayo se han enterado trescientos años de la muerte del poeta cordobés don Luis de Góngora y Argote, reconocido como padre del llamado *culteranismo* de la literatura española.

La fama poética de Góngora ha atravesado por diversas fases. En vida del autor, sus versos le granjearon una popularidad singular, que Fitzmaurice-Kelly compara a la de que gozaba Lope de Vega. Pero por esos mismos días nacieron los impugnadores de su estilo y de sus concepciones artísticas. Uno de los más iracundos, Quevedo, dirigió contra Góngora y sus discípulos los tiros envenenados de su ingenio facilísimo.

En los años que siguieron a la muerte de Góngora, su fama se extendió por los dominios de la lengua castellana. Los imitadores del poeta fueron muchos, y de creer a cierta crítica, el culteranismo habría tenido su origen exclusivo en el ejemplo de Góngora. Los que tienen algún conocimiento de los hechos espirituales, comprenderán que es imposible achacar a un solo hombre, por respetado que haya sido su nombre, la responsabilidad de un estilo, de una serie tan compleja como numerosa de tendencias artísticas. En la exageración de la culpa que en el culteranismo haya podido haber a Góngora, figura nada menos que Menéndez y Pelayo.

De allí la extraordinaria suerte que ha tenido una opinión crítica tan poco sólida, tan poco meditada y tan vehemente. Nadie ha gozado de tanto crédito como crítico literario, en asuntos de lengua castellana, que Menéndez y Pelayo. Pero negar

los errores de que se hizo reo tan preclaro crítico, las equivocaciones en que incurrió, acaso por su apasionamiento y por la rigidez dogmática de su criterio, sería culpa aún más grave.

Poco a poco, tratando de sacudir el peso de la doctísima cuanto errada diatriba de Menéndez y Pelayo, la fama de Góngora ha venido ganando los espíritus en los últimos cuarenta años. Como el Cid, este poeta gana batallas después de muerto.

Hoy vemos la obra de Góngora como la de un lírico de singular valor, que destacó en dos o tres géneros, menores para la época en que transcurrió la vida del cordobés, pero de especial importancia en nuestros días. En efecto, Góngora consideró siempre sus letrillas, sus romances y sus pequeños poemas burlescos o puramente líricos, como un pasatiempo vulgar. No los coleccionó siquiera, ni menos pensó en darlos a la estampa. Dos buenos amigos suyos, guardianes de su fama, trataron de que esos versos no se corrompieran en copias manuscritas: don Juan López de Vicuña editó el mismo año de la muerte del cordobés el primer volumen de sus *Obras*, recogidas en veinte años de diligencias, y por su parte, Pedro Espinosa, incluyó algunos poemas de Góngora en sus «Flores de poetas ilustres de España» (1605).

En cambio, Góngora se dió a la tarea de pulir cuidadosamente, de bruñir, diríamos mejor, unas cuantas obras «de arte mayor», en las cuales cifraba su orgullo como escritor. Estas obras son las dos «Soledades» que de él tenemos—el plan abarcaba dos más, que no fueron escritas—y su «Polifemo». También en este rubro pueden entrar algunos de sus sonetos, los más ininteligibles, y su «Panegírico al duque de Lerma», concienzudo trabajo al cual la fama de don Luis nada debe.

Y el destino ha venido, en este caso como en muchos otros, a echar por tierra los sueños del autor. La posteridad se aparta de las «Soledades», cuya densidad es casi insoportable y en las cuales admira sólo reducidos fragmentos, y del «Polifemo» y de todo aquello, en fin, en que el cordobés cifró su orgullo de poeta culto y que quiso presentar a los siglos como mármol en que todas las envidias mellaran su diente.

Pero apartemos de la obra de Góngora todos estos poemas confusos, difíciles de leer, en que hay más paciente artificio y gala que emoción, y consideremos sus trabajos menores. Siempre tendremos un poeta inmenso, como hay pocos en lengua española. Su ingenio chispeante, sus gracias de tan agradable liviandad, sus sátiras a los vicios y costumbres de la corte, el soplo lírico que circula por los versos de sus romances, el vigor y el opulento colorido de las imágenes que a cada paso llaman la atención del lector, la finura de los matices que perciben sus pupilas: todo lo que hace grande la poesía de un poeta aparece en estos trabajos que han menospreciado tantos hombres, comenzando por su mismo autor.

El centenario de Góngora tiene una virtud que no podremos olvidar: atrae hacia el estudio de la obra gongorina a multitud de críticos y de estudiosos. Miguel Artigas reúne en un admirable libro cuantas noticias hay sobre la vida obscura del poeta. Dámaso Alonso edita en espléndido volumen las «Soledades» de don Luis, comentadas con entusiasmo de poeta y sutileza de crítico de verdad. Y otros escritores y eruditos nos anuncian en siete tomos más las otras obras de Góngora, esclarecidas con comentarios o, por lo menos, reimpresas con cuidado y discreción elegante.

A continuación se publican algunos de los poemas más hermosos de Góngora, representativos de los diversos géneros que abarcó tan admirable ingenio, y escogidos entre los menos divulgados de cuantos escribió el poeta cordobés.—S.

SONETO XXXVII

Descaminado, enfermo, peregrino,  
en tenebrosa noche, con pie incierto  
la confusión pisando del desierto,  
voces en vano dió, pasos sin tino.

Repetido latir, si no vecino,  
distinto oyó de can siempre despierto,  
y en pastoral albergue mal cubierto  
piedad halló, si no halló camino.

Salió el sol, y entre armiños escondida,  
soñolienta beldad con dulce saña  
salteó al no bien sano pasajero,  
pagara el hospedaje con la vida;  
más le valiera errar por la montaña  
que morir de la muerte que yo muero.

## SONETO XL

La dulce boca que a gustar convida  
un humor entre perlas destilado  
y a no envidiar aquel licor sagrado  
que a Júpiter ministra el garzón de Ida,  
amantes no toquéis si queréis vida;  
porque entre un labio y otro colorado  
amor está, de su veneno armado,  
cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas, que al aurora  
diréis que, aljofaradas y olorosas,  
se le cayeron del purpúreo seno;  
manzanas son de Tántalo y no rosas,  
que después huyen del que incitan hora,  
y sólo del amor queda el veneno.

## SONETO XLIV

Mientras por competir con tu cabello,  
oro bruñido, el sol relumbra en vano;  
mientras con menosprecio en medio el llano  
mira tu blanca frente al lilio bello;  
mientras a cada labio, por cogello,  
siguen más ojos que al clavel temprano,  
y mientras triunfa con desdén lozano  
del luciente marfil tu gentil cuello;

goza cuello, cabello, labio y frente,  
antes que lo que fué en tu edad dorada  
oro, lilio, clavel, marfil luciente,  
no sólo en plata o viola truncada  
se vuelva, mas tu y ello juntamente  
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

SONETO CLXVII

*A una rosa.*

Ayer naciste y morirás mañana.  
Para tan breve ser ¿quién te dió vida?  
¡Para vivir tan poco estás lucida,  
y para no ser nada estás lozana!  
Si te engañó tu hermosura vana,  
bien presto la verás desvanecida,  
porque en esa hermosura está escondida  
la ocasión de morir muerte temprana.  
Cuando te corte la robusta mano,  
ley de la agricultura permitida,  
grosero aliento acabará tu suerte.  
No salgas, que te aguarda algún tirano;  
dilata tu nacer para tu vida;  
que anticipas tu sér para tu muerte.

SONETO CLXXXI

*Porque salió el sol estando con  
una dama, y le fué forzoso dejarla.*

Ya besando unas manos cristalinas,  
ya anudándome a un blanco y liso cuello,  
ya esparciendo por él aquel cabello  
que Amor sacó entre el oro de sus minas;  
ya bebiendo en aquellas piedras finas  
palabras dulces mil sin merecello,

ya cogiendo en cada labio bello  
 purpúreas rosas sin temor de espinas,  
 estaba, oh claro sol, envidioso,  
 cuando tu luz, hiriéndome los ojos,  
 mató mi gloria y acabó mi suerte.

Si el cielo ya no es menos poderoso,  
 porque no den los tuyos más enojos,  
 rayos, como a tu hijo, te den muerte.

#### DÉCIMAS BURLESCAS

Cuán venerables que son,  
 cuán digno de reverencia,  
 las tocas de la apariencia,  
 el manto de la opinión;  
 ¡oh Coridón, Coridón!  
 Venza las tórtolas Dido  
 en uno y otro gemido,  
 turbe el agua a lo viudo;  
 que a fe que el hierro desnudo  
 desmienta al monjil vestido.

De un serafín quintañón  
 el menos hoy blanco diente,  
 si una perla no es luciente,  
 es un desnudo piñón;  
 ¡oh Coridón, Coridón!  
 Antojos calzáis de necio,  
 pues no entendéis a Vejecio;  
 pero entenderéislo al fin  
 si el quintañón serafín  
 muerde tosco o fose recio.

Galán no pasea el balcón  
 de la reclusa doncella  
 que no lo conozca ella,  
 y no conoce varón;

¡oh Coridón, Coridón!  
Fresco estáis, no sé que os diga,  
si el amor por lo que obliga  
un conocimiento desos,  
le sacó prendas con huesos  
del cofre de la barriga.

Solicita devoción  
el rostro de la beata,  
el gema, digo, de plata,  
engastado en un griñón;  
¡oh Coridón, Coridón!  
No hay flor de abeja segura;  
poca plata es su figura,  
poca; mas con todo eso,  
en oro le paga el peso  
quien en cuartos la hechura.

Tejiendo ocupa un rincón  
Penélope, mientras yerra  
por mar Ulises, por tierra  
cenizas ya el Ilión;  
¡oh Coridón, Coridón!  
Ella en tierra y él en mar  
papillas pudieran dar  
a un gitano, puesto que él  
menos urdió en su bajel  
que ella tejió en su telar.

#### LETRILLA LÍRICA

*No son todos ruseñores  
los que cantan entre flores,  
sino campanitas de plata,  
que tocan al alba,*

*sino trompeticas de oro  
que hacen la salva  
a los soles que adoro.*

No todas las voces ledas  
son de sirenas con plumas  
cuyas humildes espumas  
son las verdes alamedas,  
si suspendido te quedas  
a los suaves clamores.

*No son todos, etc.*

Lo artificioso, que admira,  
y lo dulce, que consuela,  
no es de aquel violín que vuela  
ni desotra inquieta lira;  
otro instrumento es quien  
tira de los sentidos mejores.

*No son todos ruiseñores  
los que cantan entre flores,  
sino campanitas de plata,  
que tocan al alba,  
sino trompeticas de oro,  
que hacen la salva  
a los soles que adoro.*

#### LETRILLA BURLESCA

*Dineros son calidad,  
verdad.  
Más ama quien más suspira,  
mentira.*



Cruzados hacen cruzados,  
escudos pintan escudos,  
y tahures muy desnudos  
con dados ganan condados;  
ducados dejan ducados  
y coronas majestad \*.  
*verdad.*

Pensar que uno solo es dueño  
de puerta de muchas llaves,  
y afirmar que penas graves  
las paga un mirar risueño,  
y entender que no son sueño  
las promesas de Marfira,  
*mentira.*

Todo se vende este día,  
todo el dinero lo iguala;  
la corte vende su gala,  
la guerra su valentía;  
hasta la sabiduría  
vende la Universidad,  
*verdad.*

No hay persona que hablar deje  
al necesitado en plaza;  
todo el mundo le es mordaza,  
aunque él por señas se queje;  
que tiene cara de hereje  
sin fe la necesidad,  
*verdad.*

Siendo como un algodón  
nos jura que es como un hueso.

---

\* Cruzado, escudo, ducado y corona son nombres de monedas de la época.

y quiere probarnos eso  
con que es su cuello almidón,  
goma su copele y son  
sus bigotes alquitira,  
*mentira.*

Cualquiera que pleitos trata,  
aunque sean sin razón,  
deje el río Marañón  
y entre el de la Plata;  
que hallará corriente grata  
y puerto de claridad,  
*verdad.*

Siembra en una artesa berros  
la madre, y sus hijas todas  
son perros de muchas bodas  
y bodas de muchos perros;  
y sus yernos rompen hierros  
en la toma de Algeciras,  
*mentira.*

## OTRA

*Milagros de corte son.*

Que tenga el engaño asiento  
cerca de alguna grandeza,  
y que pueda la riqueza  
dar a un necio entendimiento;  
que perezca el buen talento  
si a decir verdad aspira,  
y que tenga la mentira  
título de adulación,  
*milagros de corte son.*

Que don Milano afeitado  
ajeno linaje infame,  
y que Mendoza se llame  
por lo que tiene de Hurtado;  
que diga ser más soldado  
que en su tiempo el de Pescara,  
y que se llama Guevara  
el que no es más que Ladrón,  
*milagros de corte son.*

Que el soldado de Pavía  
cuente y jure hazañas grandes  
porque tuvo niño en Flandes  
achagues de alferecía;  
su caudal es bizarría,  
y por lo bravo se llama  
al dormir, león sin cama,  
y al comer camaleón.  
*Milagros de corte son.*

Que la dama escabechada  
preste al aire trenzas rojas  
y que engañe con las hojas  
como parra vendimiada;  
que la píldora dorada,  
receta de mano suya,  
con afeite de aleluya,  
cubra arrugas de pasión,  
*Milagros de corte son.*

Que no vean mil maridos  
cosas que las verá un ciego,  
y que a las voces del fuego  
quieran tapan los oídos;  
que se precien de entendidos

y presuman de valientes,  
y no fueren más pacientes  
los asnos de San Antón,  
*milagros de corte son.*

Que estés, Amor, tan quebrado  
y tan corto de caudal,  
que ya te pidan señal  
como a cuerpo endemoniado;  
que te precies de letrado,  
aunque los aires penetras  
y escriban todas tus letras  
en la estampa de un doblón.  
*Milagros de corte son.*

## OTRA

*No sé qué me diga, diga.*  
Que el príncipe Belisardo  
ayer venga de la rota,  
y sin venille la flota  
ande lozano y gallardo;  
que ayer vista sayo pardo  
y hoy cadena de oro saque,  
y que sin tener achaque,  
en la mano traiga liga,  
*no sé qué me diga, diga.*

Que ande doña Berenguela  
de día compuesta en coche,  
y por gatera de noche,  
hecha norte y centinela;  
que esté de continuo en vela,  
y después al desposado  
le den el trigo cegado  
creyendo que está en espiga,  
*no sé qué me diga, diga.*

Que traiga doña Doncella  
consigo cierto embarazo,  
y diga que es mal de bazo  
y el padre venga a creella  
y mire mucho por ella  
y le riña porque bebe;  
mas al cabo de los nueve  
no tenga tanta barriga,  
*no sé qué me diga, diga.*

LETRILLA LÍRICA

*Las flores del romero,  
niña Isabel,  
hoy son flores azules,  
mañana serán miel.*

Celosa estás, la niña,  
celosa estás de aquel  
dichoso, pues lo buscas,  
ciego, pues no te ve.

Ingrato, pues te enoja  
y confiado, pues  
no se disculpa hoy  
de lo que hizo ayer.

Enjuguen esperanzas  
lo que lloras por él;  
que celos entre aquellos  
que se han querido bien,  
*hoy son flores azules,  
mañana serán miel.*

Aurora de ti misma,  
que cuando amanecer  
a tu placer empiezas,  
se eclipsa tu placer.

Serénense tus ojos,  
y más perlas no des,  
porque al sol le está mal  
lo que al aurora bien.

Desata como nieblas  
todo lo que no ves;  
que sospechas de amantes  
y querellas después,  
*hoy son flores azules,  
mañana serán miel.*

## OTRA

La más bella niña  
de nuestro lugar,  
hoy viuda y sola  
y ayer por casar,  
viendo que sus ojos  
a la guerra van,  
a su madre dice,  
que escucha su mal:  
*Dejadme llorar  
orillas del mar.*

Pues me distes, madre,  
en tan tierna edad  
tan corto el placer,  
tan largo el pesar,

y me caufivaste  
de quien hoy se va  
y lleva las llaves  
de mi libertad,  
*dejadme llorar  
orillas del mar.*

En llorar conviertan  
mis ojos de hoy más  
el sabroso oficio  
del dulce mirar,  
pues que no se pueden  
mejor ocupar,  
yéndose a la guerra  
quien era mi paz.  
*Dejadme llorar  
orillas del mar.*

No me pongáis freno  
ni queráis culpar;  
que lo uno es justo,  
lo otro por demás.  
Si me queréis bien,  
no me hagáis mal;  
harto peor fué  
morir y callar.  
*Dejadme llorar  
orillas del mar.*

Dulce madre mía,  
¿quién no llorará  
aunque tenga el pecho  
como un pedernal,  
y no dará voces  
viendo marchitar

los más verdes años  
de mi mocedad?  
*Dejadme llorar*  
*orillas del mar.*

Váyanse las noches  
pues ido se han  
los ojos que hacían  
los míos velar;  
váyanse y no vean  
tanta soledad  
después que en mi lecho  
sobra la mitad.  
*Dejadme llorar*  
*orillas del mar.*

## ROMANCE

Castillo de San Cervantes,  
tú que estás junto a Toledo,  
fundóte el rey don Alonso  
sobre las aguas del Tejo.

Robusto, si no galán,  
mal fuerte, peor dispuesto,  
pues que tienes más parientes  
que un hijo de un racionero.

Lampiño debes de ser,  
castillo, si no estoy ciego,  
pues siendo de tantos años,  
sin barba cana te veo.

Contra ballestas de palo  
dicen que fuiste de hierro,  
y que anduviste muy hombre  
con dos morillos honderos.

Tiempo sué, papeles hablen,  
que te respetaba el reino



por juez de apelaciones  
de mil católicos miedos.

Ya menospreciado ocupas  
la esperanza de ese cerro,  
mohoso como en diciembre  
el lanzón del viñatero.

Las que ya fueron corona  
son alcándara de cuervos,  
almenas, que como dientes,  
dicen la edad de los viejos.

Cuando más mal de ti diga,  
dejar de decir no puedo,  
si no tienes fortaleza,  
que tienes prudencia al menos.

Tú, que a la ciudad mil veces,  
viendo los moros de lejos,  
sin ser Espíritu Santo,  
hablaste en lenguas de fuego,

en las orillas agora  
del sagrado Tajo viendo  
debajo de los membrillos  
engerirse tantos miembros,

lo callas a los maridos,  
que es mucho a fe. por aquello  
que tienes de San Cervantes  
y que ellos tienen de ciervos.

Entre todas las mujeres  
serás bendito, pues siendo  
en el mirar atalaya,  
eres piedra en el silencio.

Mira, Castillo de bien,  
que hagas lo que te ruego,  
aunque te he obligado poco  
con dos docenas de versos.

Cuando la bella terrible,  
hermosa como los cielos,

y por decillo mejor,  
áspera como su pueblo,  
si alguna tarde saliere  
a desfrutar los almendros,  
verdes primicias del año  
y dulcísimo alimento;  
si de las aguas del Tajo  
hace a su beldad espejo,  
ofrécele tus ruinas  
a su altivez por ejemplo;  
háblale mudo mil cosas  
que bien sabrás, pues sabemos  
que a palabras de edificios  
orejas los ojos fueron.

Dirásle que con tus años  
regule sus pensamientos;  
que es verdugo de murallas  
y de bellezas el tiempo;  
que no crean a las aguas  
sus bellos ojos serenos,  
pues no la han lisonjeado  
cuando la murmuran luego.

Que no fie de los años  
ni aun un mínimo cabello,  
ni le perdone los suyos  
a la ocasión, que es gran yerro.

Que no se duerma entre flores;  
que recordará el sueño  
mordida del desengaño  
y del arrepentimiento;

y abrirá entonces la pobre  
los ojos, ya no tan bellos,  
para bailar con su sombra  
pues no quiso con su cuerpo.

¡Oh, qué diría de ti,  
si tu le dijese esto,

antigualla venerable,  
si no quieres ser trofeo!  
Mi musa te antepondrá  
a San Angel y San Telmo,  
aunque no quisiese Roma  
y Malta quisiese menos;  
que aunque te han desmantelado,  
y no con tantos pertrechos,  
a tulliduras de grajos  
te defenderás más presto.

OTRO

Agora, que estoy despacio,  
cantar quiero en mi bandurria  
lo que en más grave instrumento  
cantara, mas no me escuchan.  
Arrímense ya las veras  
y celébrese las burlas;  
pues da el mundo en niñerías,  
al fin como quien caduca.  
Libre un tiempo y descuidado,  
amor, de tus garatusas,  
en el coro de mi aldea  
cantaba mis aleluyas;  
con mi perro y mi hurón  
y mis calzas de gamuza,  
por ser recias para el campo  
y por guardar las velludas,  
fatigaba el verde suelo,  
donde mil arroyos cruzan  
como sierpes de cristal  
entre la yerba menuda,  
ya cantando orilla el agua,  
ya cazando en la espesura

del modo que se ofrecían  
los conejos o las musas.

Volvía de noche a casa,  
dormía a sueño y soltura,  
no me despertaban penas  
mientras me dejaban pulgas;

en la botica otras veces  
me daba muy buenas zurras  
del triunfo con el alcalde,  
del ajedrez con el cura;

governaba de allí el mundo,  
dándole a soplos ayuda  
a las católicas velas  
que el mar de Bretaña surcan;

y hecho otro nuevo Alcides,  
trasladaba sus colunas  
del Gibraltar al Japón  
con su segundo *plus ultra*;

daba luego vuelta a Flandes,  
y de su guerra importuna  
atribuía la palma,  
ya a la fuerza, ya a la industria;

y con el beneficiado,  
que era doctor por Osuna,  
sobre Antonio de Lebrija  
tenía cien mil disputas.

Argüíamos también,  
metidos en más honduras,  
si se podían comer  
espárragos sin la bula.

Veníame por la plaza,  
y de paso vez alguna  
para mí compraba pollos,  
para mis vecinas turmas.

Comadres me visitaban,  
que en el pueblo tenía muchas;

ellas me llaman compadre  
y falta sus criaturas.

Lavábanme ellas la ropa  
y en las obras de costura  
ellas ponían el dedal  
y yo ponía la aguja.

La vez que se me ofrecía  
caminar a Extremadura,  
entre las más ricas de ellas  
me daban cabalgadura.

A todas quería bien,  
con todas tenía ventura  
porque a todas igualaba  
como tijeras de murta.

Esta era mi vida, Amor,  
antes que las flechas tuyas  
me hicieran su terrero  
y blanco de desventuras.

Enseñásteme, traidor,  
la mañana de San Lucas  
en un rostro como almendras  
ojos garzos, trenzas rubias.

Tales eran trenzas y ojos,  
que tengo por muy sin duda  
que cayera en tentación  
un viejo con estangurria.

Desde entonces acá sé  
que matas y que aseguras,  
que das en el corazón  
y que a los ojos apuntas;

sé que nadie se te escapa,  
pues cuando más de ti huya,  
no hay vara de Inquisición  
que así halle al que tú buscas;

sé que es tu guerra civil  
y sé que es tu paz de Judas;

que esperas para batalla  
y convidas para justa;  
    sé que te armas de diamante  
y nos das lanzas de juncia,  
y para arneses de vidrio  
espada de acero empuñas;  
    sé que es la del rey Fineo  
tu mesa, y tu cama dura  
potro en que nos das tormento;  
tu sueño, sueño de grullas;  
    sé que para el bien te duermes  
y que para el mal madrugas,  
que te sirves como grande  
y que pagas como mula.  
    Perdona pues, mi bonete;  
no muestres en él tu furia;  
válgame esta vez la Iglesia;  
mira que te descomulga.  
    Levantas el arco y vuelves  
de tus saetas las puntas  
contra los que sus juicios  
significan bien tus plumas;  
    mas con los que ciñen armas  
bien callas y disimulas;  
de gallina son tus alas.  
Vete para hideputa.

## OTRO

Aquel rayo de la guerra,  
alférez mayor del reino,  
tan galán como valiente  
y tan noble como fiero,  
    de los montes envidiado,  
y admirado de los viejos,  
y de los niños y el vulgo

señalado con el dedo;  
el querido de las damas  
por cortesano y discreto,  
hijo hasta allí regalado  
de la fortuna y el tiempo;  
el que vistió las mezquitas  
de venturosos trofeos,  
el que pobló las mazmorras  
de cristianos caballeros;  
el que dos veces armado  
más de valor que de acero,  
a su patria libertó  
de dos peligrosos cercos;  
el gallardo Abenzulema  
sale a cumplir el destierro  
a que le convida el Rey,  
o el Amor, que es lo más cierto.  
Servía a una mora el moro  
por quien el Rey anda muerto,  
en todo extremo hermosa  
y discreta en todo extremo.  
Dióle unas flores la dama,  
que para él flores fueron,  
y para el celoso Rey  
yerbas de mortal veneno,  
pues de la yerba tocado,  
lo manda desterrar luego,  
culpando su lealtad  
para disculpar sus celos.  
Sale pues el fuerte moro  
sobre un caballo overo,  
que al Guadalquivir el agua  
le bebió y le pació el heno,  
con un hermoso jaez,  
rica labor de Marruecos,

las piezas de filigrana,  
la mochila de oro y negro.

Tan gallardo iba el caballo,  
que el grave y airoso huello  
con ambas manos medía  
lo que hay de la cincha al suelo.

Sobre una marlota negra  
un blanco albornoz se ha puesto,  
por vestirse los colores  
de su inocencia y su duelo.

Bordó mil hierros de lanzas  
por el capellar, y en medio  
en arábigo una letra,  
que dice: «Estos son mis yerros».

Bonete lleva turquí,  
derribado al lado izquierdo,  
y sobre él tres plumas presas  
de un precioso camafeo.

No quiso salir sin plumas,  
porque vuelen sus deseos,  
si alguien le quita la tierra  
también no le quita el viento.

No lleva más de un alfange,  
que le dió el Rey de Toledo,  
porque para un enemigo  
él le basta y su derecho.

Destá suerte sale el moro  
con animoso denuedo  
en medio de los alcaides  
de Arjona y de Marmolejo.

Caballeros le acompañan,  
y le sigue todo el pueblo,  
y las damas por do pasa  
se asoman llorando a verlo.

Lâgrimas vierten agora  
de sus tristes ojos bellos



las que desde sus balcones  
aguas de olor le vertieron.

La bellissima Balaja,  
que llorosa en su aposento,  
las sinrazones del Rey  
le pagaban sus cabellos,

como tanto estruendo oyó,  
a un balcón salió corriendo,  
y enmudecida le dijo,  
dando voces con silencio:

«Vete en paz, que no vas solo,  
y en tu ausencia ten consuelo;  
que quien te echa de Jaén  
no te echará de mi pecho».

El con el mirar responde:  
«Yo me voy y no te dejo;  
de los agravios del Rey  
para tu firmeza apelo».

En esto pasó la calle,  
los ojos atrás volviendo  
cien mil veces, y de Andújar  
tomó el camino derecho.